



## ***La revolución que cayó del cielo***

### ***Un debate con las “modernas” tendencias interpretativas del pasado argentino.***

Eduardo Azcuy Ameghino

*Yo no diría que esta tendencia de “hacer viento” con la novedad sea cosa exclusivamente argentina. Lamentablemente estas corrientes de aire son generales. Pero no por ello deben dejar de ser denunciadas, creo.*

Ruggiero Romano

Ya en trabajos anteriores hemos procurado llamar la atención sobre la existencia, y especialmente sobre la trascendencia, de una cantidad de polémicas que si bien durante más de una década tendieron a circunscribirse al ámbito de la investigación, los congresos y las publicaciones más especializadas, se hallan actualmente en un fase de difusión y popularización que comienza a superar ampliamente los límites de algunas carreras de historia, proyectándose al conjunto de instancias en que se expresa dicha disciplina, y comenzando a difundirse masivamente (mediante el posicionamiento que la perspectiva dominante ha alcanzado en algunos grandes medios de comunicación nacionales) al conjunto de la población interesada en distintos aspectos de su pasado económico, social, político y cultural. De esta manera, durante los últimos años han sido lanzadas nuevas hipótesis, interpretaciones e imágenes sobre el pasado argentino, con especial eficacia en el plano de la historia colonial y la historia agraria<sup>1</sup>.

Como es sabido, algunos historiadores e investigadores -entre los que me cuento- no compartimos, en diferentes grados y medidas, muchos de los contenidos, formas y métodos que han caracterizado la acción de los pequeños grupos que a partir del retorno de la democracia lograron controlar los principales aparatos y resortes académicos de nuestra profesión.

Al respecto, quisiera señalar que no discuto, al menos en términos de un planteo general y más o menos abstracto, la pertinencia de la búsqueda de la solvencia académica, la necesidad de una formación seria y profunda en el *metier* historiográfico, y las exigencias crecientes que deben satisfacerse en línea con las mayores responsabilidades intelectuales y administrativas que como profesionales podemos eventualmente ir alcanzando.

Tampoco creo que se trate de reaccionar frente a lo nuevo -la renovación, el *neorrevisiónismo*- en nombre de lo viejo, especialmente si al hacerlo se convalida el modo como algunos exponentes de esta tendencia historiográfica han planteado sus críticas a la que suelen denominar como “visión tradicional”, es decir en bloque y sin

---

<sup>1</sup> Vide Azcuy Ameghino, Eduardo: *Trincheras en la historia*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004, capítulo VIII.



atender al principal clivaje que en la sociedad autoriza la construcción, formulación y defensa de diferentes imágenes e interpretaciones, así como la elección de temáticas y problemáticas, que no es otro que la existencia de un país dependiente, capitalista y atrasado, con todas las diferencias y asimetrías inherentes a la coexistencia social de explotadores y explotados, de oprimidos y opresores. Aquí y en concreto.

Este es un hecho básico, fundacional, y absolutamente pertinente en relación al análisis de la historia y los historiadores, toda vez que las diversas fuerzas y bloques sociales que luchan en el presente (y lucharon en el pasado) por la conservación o transformación del orden establecido, destilan con mayor o menor pureza sus propias perspectivas e intereses de clase y sector, lo cual no puede dejar de expresarse sino bajo la forma de puntos de vista específicos y distintivos en los planos económico, social, político, ideológico y teórico. Y también, por cierto, en el puntualmente historiográfico.

Si todo resultara tan sencillo e ingenuo como para que la oposición en torno a la que optar fuera lo nuevo o lo viejo, resulta obvio que nuestra elección sería indudablemente por lo nuevo, y no sólo en materia de historia. Pero, sin embargo, aquel clivaje y aquellas diferencias, que transforman al conflicto y a la lucha (en torno al poder y por el poder, los pequeños y el grande) en términos absolutos y permanentes, exigen -para no engañarnos ni engañar- un análisis que descubra otras líneas de continuidad y solidaridad intelectuales diferentes a la que se resumen en la dicotomía renovación-tradición.

Por todo lo expresado, entiendo que resultará lógica para el lector nuestra imposibilidad, como historiadores de formación marxista<sup>2</sup>, de compartir, en especial, la modulación de la renovación historiográfica que elige lanzar sus dardos -con indudable

---

<sup>2</sup> En este sentido, quienes llevamos adelante nuestro trabajo historiográfico en el marco teórico-ideológico del materialismo histórico, al enfrentarnos con la “renovación historiográfica” y con las tendencias “modernas” no dejamos por cierto de tomarnos un tiempo para la reflexión y el cuestionamiento crítico de nuestra propia práctica profesional. ¿Puede no ser el marxismo renovador? ¿Es el marxismo una visión tradicional? Acotando la respuesta al aporte de sus fundadores y de los principales exponentes clásicos de esta concepción del mundo -cuya quintaesencia consiste en la articulación entre el conocimiento y la transformación de la realidad (Tesis 11 sobre Feuerbach)- las conclusiones surgen con naturalidad. El marxismo, por definición y función, es -y sólo puede existir a condición de serlo- esencialmente renovador y no tradicional. Y esto, en las sociedades donde rige la explotación nacional y de clases, significa que sus filos teóricos y políticos apuntan contra el poder y el orden establecidos. ¿Y qué ocurre a nivel de la práctica historiográfica? Pues que el planteo anterior se concentra en contribuir a la crítica más radical y fundamentada posible de la historia oficial -emergente y al servicio de los intereses de las clases dominantes-, y en sumarse a la construcción de la verdadera historia, desde abajo y buscando la verdad en los hechos. Esta modulación del trabajo historiográfico, tan bellamente explicitada por Chesneaux, implica -con palabras de Josep Fontana- “poner por delante de cualquier otro objetivo las necesidades del combate contra todas las formas de explotación del hombre por el hombre”. En este contexto, como lo hemos señalado reiteradamente, la oposición renovación-visión tradicional no debería sobreponerse a la decisiva contradicción que vincula a la historia oficial y las contraversiones emergentes del bloque social popular nacional, bajo cuya luz se encontrarán las mejores condiciones para develar el sentido y la ubicación de los contenidos clásicos e innovadores, renovadores y tradicionales, que en todos los casos forman parte de uno u otro de los dos aspectos de dicho clivaje fundacional de nuestras desavenencias historiográficas.



solvencia profesional- contra “la historia tradicional, cualquiera haya sido su orientación ideológica”<sup>3</sup>.

En este sentido resultaría preferible que los nuevos esfuerzos orientados a enriquecer el estudio del pasado nacional se dirigieran *contra la historia oficial –la que “escriben los que ganan”-*, y aquí sí, agregaría, cualquiera que haya sido su orientación ideológica.

La diferencia, pues, es clara. Y a partir de ella construimos nuestras historias y desplegamos nuestras disputas, también en el ámbito académico. Sobre la naturaleza y forma de éstas últimas, comparto plenamente lo señalado por Hilda Sábato:

“En efecto, la disputa existe y se libra no sólo a través del debate intelectual, aderezado por el intercambio agresivo de acusaciones, sino también de la lucha por la ocupación de espacios institucionales. En este nivel, quien gane el combate también controlará los recursos y por lo tanto, podrá influir de manera decisiva en la práctica historiográfica futura, más allá de la voluntad de autonomía de los historiadores individuales”<sup>4</sup>.

Lo único que cabría agregar es que resulta claro que un sector ha ganado, al menos por un período, el mencionado combate; y por ende ha logrado influir fuertemente sobre el desarrollo de nuestra disciplina, en particular estableciendo con claridad cuales deben ser las interpretaciones a preferir, las imágenes a difundir, los debates a superar. Y también qué es buena y mala historia, cuáles son los enfoques correctos y las fuentes adecuadas.

Por eso, el que se encuadra -y en casos extremos se transforma en secuaz puede aspirar, si además es un “buen” historiador, a que en algún momento se lo distinga como un enriquecedor de la imagen del pasado argentino; mientras que, por ejemplo, el que señale la existencia e importancia de una clase terrateniente rioplatense de origen colonial, el papel de la compulsión extraeconómica en la sociedad virreinal de antiguo régimen, el rol decisivo de los revolucionarios de Mayo, o la fuerte concentración del derecho de propiedad de la tierra a lo largo de la historia argentina, será confinado y desterrado -y en lo posible privado de fondos, prestigio, publicaciones y carrera académica- en la visión tradicional, anticuada y desactualizada, del quehacer historiográfico.

Es necesario sincerarse. Con excepciones que siempre existen, cualesquiera sea la postura que se defienda, el problema no es si una fuente u otra, si un enfoque u otro, si una aproximación cualitativa o cuantitativa. Además todos, más o menos, conocemos las diferentes líneas, orientaciones y perspectivas de trabajo disponibles en el mercado historiográfico. El problema es que *no estamos de acuerdo sobre puntos centrales* de como fue nuestra historia. Más exactamente, considero que algunas de las nuevas imágenes e interpretaciones que se han propuesto son erróneas, es decir que no reflejan correctamente -verídicamente- los asuntos en cuestión.

---

<sup>3</sup> Garavaglia, Juan Carlos: “Historiografía de la historia agraria colonial”, en *Historiografía Argentina (1958-1988)*, Buenos Aires, 1988, p. 56.

<sup>4</sup> Sábato, Hilda: “La historia en guerra. ¿Hacia un nuevo paradigma?”, en *Revista Punto de Vista*, n° 51, 1995.



Y, también en algunos casos, dichos errores entrañan fuertes intervenciones político-ideológicas -que cuesta calificar de ingenuas- en un sentido muy determinado dentro del campo de disputas más generales que atraviesa a la sociedad y enfrenta a unas clases con otras, a unos intereses con otros. En este sentido, la valoración del papel de los revolucionarios en la historia, y más exactamente en la revolución anticolonial iniciada en mayo de 1810, no resulta un tema menor. Tanto por la importancia que su dilucidación tiene para la historia de la época, como por la relación activa que existe entre el pasado y el presente, en especial en un país donde el espíritu de muchas de las cuestiones puestas entonces en discusión - independencia, democracia, proteccionismo económico, federalismo, distribución más justa de la tierra, etc.- mantiene todavía una conflictiva vigencia.

### ¿Una revolución sin revolucionarios?

*A decir verdad, nada es más peligroso que la ilusión de la "novedad", la cual no suele ser otra cosa que ignorancia de la historia.*

Pierre Vilar

Si bien estrictamente su autor no forma parte de la corriente más destacada de investigadores enrolados en la línea de trabajo dominante en el movimiento de renovación historiográfica -aunque sí integra el núcleo de poder (los "modernos") que controla desde hace más de una década la carrera de historia de la Universidad de Buenos Aires<sup>5</sup> -, confiamos en que el interés que reviste el asunto justificará una breve referencia a otra de las tesis centrales que se van integrando en un nuevo corpus interpretivo de temas fundamentales de la historia argentina.

Hace un tiempo, el profesor Luis Alberto Romero escribía en Clarín: "quienes actuaron en 1810 *no querían hacer una 'revolución', sino encontrar una respuesta rápida y práctica a un imprevisto* suceso metropolitano: el derrumbe de la monarquía hispana"<sup>6</sup>. No se trata por cierto de la primera formulación en este sentido<sup>7</sup>, aunque desde hace varios años dichas postulaciones se difunden crecientemente desde algunos núcleos universitarios al conjunto de la sociedad.

En este sentido, el mismo Romero había señalado en 1987 -convocado a reflexionar sobre el aporte de los dirigentes de Mayo- que "la generación de Mayo hizo

---

<sup>5</sup> Resulta ilustrativo recordar que el Prof. Romero considera -y se lamenta- que "el de los historiadores es un gremio amplio y heterogéneo, de límites imprecisos, desdichadamente nadie exige carnet profesional", por lo que parece haberse autoinstituido en guardián de la que supuestamente sería -siempre según su criterio, más autoritario que infalible- la buena historia, la excelencia académica, y la "alta divulgación", calificativo con el que distingue (y de paso se cubre) a los ensayos y críticas bibliográficas que resultan de su agrado. Vide Romero, Luis Alberto: "Historia: recuperar una tradición", en *Revista Espacios*, n° 1, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1984.

<sup>6</sup> Romero, Luis Alberto: "Un origen preciso", en *Clarín*, 25 de mayo de 1998.

<sup>7</sup> En verdad existe una larga tradición historiográfica impugnadora del contenido anticolonial y revolucionario de los sucesos que reconocen un hito fundamental en el pronunciamiento de 1810, en cuyo seno se destacaron las corrientes más extremas del revisionismo histórico.



la Revolución sin saberlo”<sup>8</sup>. Más exactamente, explica que fue “la crisis metropolitana, y el vacío de legitimidad y poder que deja en cada capital virreinal, la que desata la competencia entre los presuntos herederos del poder vacante, tanto españoles como criollos”. En este contexto, “la generación de Mayo sólo pudo presidir el derrumbe del orden antiguo”.

Trece años después de expresados estos conceptos, la posición de Romero no incorpora mayores matices, por lo que continúa difundiendo -a través del diario de mayor circulación del país, lo cual es un buen indicador de que se trata de ideas que interesan a los grandes aparatos ideológicos- que el 25 de mayo de 1810 “los protagonistas no eran concientes de que estaban haciendo la Revolución de Mayo ... en ese momento simplemente dieron una respuesta de urgencia a un problema de hecho: el desmoronamiento, quizás transitorio, de la monarquía española, a cuya benévola autoridad la mayoría esperaba volver”<sup>9</sup>.

Finalmente, hace pocos días, Romero insistió en denostar la idea de que “el 25 de Mayo de 1810 nació la patria”, señalando -¿con autoridad?- que, sin embargo:

“hace tiempo que los historiadores profesionales, los historiadores en serio, vienen criticando esta explicación. Coinciden en que los sucesos de Mayo de 1810 no fueron fruto de un plan previo sino la imprevista consecuencia de un evento lejano: el derrumbe del imperio español luego de la invasión napoleónica. En Buenos Aires, como en cada ciudad importante de Hispanoamérica un grupo de vecinos se hizo cargo del gobierno, de manera provisoria, sin saber para quién ni contra quién (...) Esto pensamos hoy los historiadores”<sup>10</sup>.

Consideramos que al igual que ocurre con otros componentes de la revisión y renovación de las visiones del pasado, y aún más en este caso por la trascendencia nacional del tema, nos hallamos frente a un conjunto de argumentos esencialmente incorrectos, desarrollados a partir de rasgos parciales y unilateralmente presentados de los fenómenos analizados, que conllevan además del error histórico consecuencias previsibles en relación con la urgente necesidad de fortalecer -desde luego a partir de una perspectiva científica y popular- las reservas de identidad y de tradiciones de lucha que surgen de las mejores páginas del pasado, en un mundo donde, lejos de atenuarse, se incrementa amenazadoramente el hegemonismo y el expansionismo de los más poderosos, especialmente sobre las naciones y pueblos de Asia, África y América Latina.

Obviamente, tesis como las comentadas generan sin duda muy diversas objeciones y polémicas, entre las cuales sólo haremos breve alusión a unas pocas:

a) La visión propuesta acerca de la Revolución de Mayo contiene y postula una relación errónea entre los factores internos y externos del desarrollo de las sociedades. Como señalara Ciafardini:

---

<sup>8</sup> Romero, Luis Alberto: “La generación de Mayo”, en *Todo es Historia*, n° 242, 1987, p.34.

<sup>9</sup> Romero, Luis Alberto: “La reinención del 25”, en *Clarín*, 28 de mayo de 2000.

<sup>10</sup> Romero, Luis Alberto: “Una brecha que debe ser cerrada”, en *Clarín*, 24 de mayo de 2002.



“en realidad el movimiento de ninguna cosa, ni en la naturaleza ni en la historia, se explica simplemente por algún agente que viene desde afuera (...) no basta una buena empolladura para que nazca un pollo, sino que la tarea de empollar tiene que ser aplicada a un huevo que reúna ciertas condiciones internas para ser empollado con éxito, pues no se pueden explicar las cosas -el nacimiento de un pollo en este caso- sólo por las causas externas, por la gallina que empolla”<sup>11</sup>.

Sin duda, causas internas y externas, interactuando de manera concurrente, explican finalmente lo ocurrido en Mayo de 1810, sin embargo, esta circunstancia no debe hacer perder de vista que las causas o factores externos actúan a través de los factores internos. En este sentido tesis como la de Romero absolutizan el papel de las influencias externas y disocian la unidad contradictoria de las múltiples determinaciones que eclosionaron con el pronunciamiento del día 25, con lo que acaban proponiendo un abordaje unilateral de este tipo de fenómenos históricos. Por otra parte, la misma situación y crisis metropolitana no habilitó procesos similares en todas las distintas regiones de hispanoamérica, e incluso en el interior del propio Virreinato del Río de la Plata. Así, antes de apresurarse a otorgar el rol decisivo a los vientos exteriores, cabría preguntarse: ¿cuáles fueron las razones por las que el pronunciamiento revolucionario no se produjo, por ejemplo, en Montevideo, Asunción o Córdoba?

b) En conexión con lo anterior, la afirmación acerca de que los patriotas de Mayo “hicieron la revolución sin saberlo”, se transforma, inevitablemente, en la negación de la existencia de “una voluntad de independencia previa a su realización”<sup>12</sup>, y con ella del papel de la actividad conciente de los hombres; subestimando específicamente en este caso el papel de la política revolucionaria, y -como parte de ella- el de la unidad y la acción de los grupos de patriotas más decididos.

En otro trabajo hemos desarrollado detalladamente este debate en el sentido de afirmar -y demostrar- la existencia de dicha voluntad de independencia, que anidó en los precursores y primeros luchadores por la independencia de la colonia<sup>13</sup>.

En dicho estudio, coincidente en este punto con otras obras historiográficas anteriores<sup>14</sup>, enfatizamos el papel de los denominados “antecedentes” internos de Mayo, pues detrás de ese concepto -es verdad que a menudo enseñado superficialmente, y sobre todo vaciado de su contenido revolucionario anticolonial- se halla lo esencial: la pasión humana, el amor por la libertad, el odio a la opresión, la capacidad de rebelión, los revolucionarios... Todo ello materializado ya en aquel inquieto Castelli que en 1804

---

<sup>11</sup> Ciafardini, Horacio: *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*, Agora, Buenos Aires, 1990, p. 31.

<sup>12</sup> Encomillo este enunciado pues su autor, Boleslao Lewin, que lo estampó en un artículo periodístico que lamentablemente no conservo, constituye un excelente ejemplo de “buena” historiografía, que en ningún caso debería resultar desechada en nombre de una supuesta -y unilateral- condena de la historia tradicional.

<sup>13</sup> Azcuy Ameghino, Eduardo: *Historia de Artigas y la independencia argentina*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1993.

<sup>14</sup> Vide Puiggrós, Rodolfo: *La época de Mariano Moreno*, Ed. Sophos, Buenos Aires, 1960. Y también, en relación con el reconocimiento de la importancia de los factores internos: Halperin Donghi, Tulio: *Revolución y guerra*, Siglo XXI, México, 1979.



se planteaba la separación de la metrópoli en sus tenidas con los emisarios de potencias rivales de España<sup>15</sup>.

Y luego, en el comienzo de la crisis del sistema de dominio colonial estimulada por las invasiones inglesas y sus efectos fundamentales, como la formación de cuerpos militares de americanos -con sus jefes y oficiales-, el ejercicio práctico de decenas de nuevos cuadros políticos surgidos del pueblo de Buenos Aires al calor de la lucha, el desarrollo de diferentes grupos políticos en cuyo seno la innecesariedad del vínculo con la metrópoli aparecía cada vez más evidente. ¿O acaso no son suficientes todos los documentos disponibles que testimonian la presencia de los primeros “partidos” de conjurados o asociados en el descontento con la dominación española? Los tomos de la *Biblioteca de Mayo* que recogen las actuaciones iniciadas más tarde por tentativa de independencia, ¿no existen?<sup>16</sup> El desconocimiento del poder de Sobremonte y la designación tumultuaria de otro virrey surgido del movimiento popular de resistencia a la invasión inglesa, ¿no cuenta?

Romero parece olvidarse que ya por entonces Belgrano, analizando la situación creada por la amenaza inglesa, sintetizó la línea de los dirigentes más avanzados mediante la consigna “amo viejo o ningún amo”, es decir, resistir entonces al nuevo enemigo -más fuerte y peligroso-, y cuando se dieran las condiciones propicias procurar arreglarle las cuentas al viejo opresor, más conocido y relativamente más débil en términos estratégicos. Y todavía no se soñaba con la invasión napoleónica, como muy bien lo testimoniaría Liniers si pudiéramos consultarlo. Por otra parte, cómo se puede teorizar que la Revolución de Mayo, como se enseña actualmente a muchos de los futuros profesores de historia de la Argentina, fue dirigida por “un grupo que obra casi a ciegas, movido por vientos externos, poco hay de acción proyectada, o de proyecto...”<sup>17</sup>. Este tipo de afirmaciones ignora por completo lienzos enteros de la historia del período, por ejemplo que entre mediados de 1808 -cuando se conoce la invasión francesa de la península- y mayo de 1810, se sucedieron febriles actividades políticas revolucionarias, como la táctica “carlotista”, impulsada por Belgrano y Castelli a efectos de dotar de una cobertura al pronunciamiento independentista para el que se preparaban desde antes de las invasiones inglesas. Táctica que la propia princesa denunciaría más tarde aludiendo a la difusión “de principios revolucionarios y subversivos del precedente orden monárquico”, que alentaba “una pequeña porción de hombres miserables y de pérfidas intenciones”<sup>18</sup>.

¿Cómo van a hacer la revolución “sin saberlo” dirigentes que dispusieron de dos años de intenso aprendizaje político, que incluyó intentos como el de ganar a Liniers para que no aceptara el poder del nuevo virrey Cisneros, o la participación activa y decisiva en hechos de la envergadura de la asonada del 1 de enero de 1809? ¿Cómo se puede afirmar que “quienes actuaron en 1810 no querían hacer una revolución” cuando ya un año antes, en La Paz, los revolucionarios altoperuano -muchos de ellos antiguos compañeros de estudios y amigos de los conspiradores de Buenos Aires- se habían levantado contra el dominio colonial, luego de ver “por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto”?

<sup>15</sup> Roberts, Carlos: *Las invasiones inglesas del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1938, p. 54.

<sup>16</sup> *Biblioteca de Mayo*, Tomos XI y XII. Senado de la Nación, Buenos Aires, 1961-1962.

<sup>17</sup> Romero, Luis Alberto: “La generación...”, op. cit.

<sup>18</sup> *Mayo Documental*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1961-1965, t. IV, p. 159.



¿Cómo es posible afirmar que “se obraba a ciegas” cuando esos revolucionarios paceños, que habían llamado a “levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía”, eran masacrados, decapitados y expuestas sus cabezas a la entrada de la ciudad de la Paz por el poder colonialista?

Finalmente, resulta inaceptable que se afirme que en torno a la Revolución “poco hay de acción proyectada, o de proyecto”. Es inaceptable en razón de que dicha tesis implica desconocer -además de los hechos que se han ido señalando y muchos otros factores internos- el proyecto fundamental surgido del seno de la corriente revolucionaria de Mayo, que no es otro que el “Plan de las operaciones que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”<sup>19</sup>, debido a las inquietudes revolucionarias de Moreno y Belgrano.

En suma, la de Mayo no deja de plantear algunas de las mismas preguntas que surgen frente a las diversas revoluciones conocidas, las que en todos los casos contaron con extraordinarias circunstancias externas favorables. Preguntas tales como la que inquiere acerca de las razones por las que, dada la acción de “un imprevisto suceso” exterior en un conjunto de sitios, sólo en alguno o algunos de ellos se producen revoluciones triunfantes. Es decir, retomando el planteo de Ciafardini, frente a los efectos de una empolladura común, ¿qué es lo que diferencia a un huevo de una piedra?

c) En conexión con los dos puntos anteriores, consideramos necesario agregar que la visión que propone Romero presupone que “a partir de la revolución se construye una interpretación de lo hecho basada en la idea de revolución... Se trata, en suma, de un proyecto *ex post* que funcionó como guía de la acción”. Con mayor exactitud, recientemente se ha referido a “el invento de Mayo y el diseño de una historia nacional”.

Al respecto, sólo querríamos hacer notar que antes del “invento de Mayo”, previamente a la elaboración “*ex post*”, existió, objetivamente, un hecho histórico que resulta al menos aludido al mencionarse Mayo; un hecho histórico emergente de un proceso que puede reconocer antecedentes en fechas tan alejadas como 1781 -o la más cercana de 1806-, y que se proyecta hacia 1816, con la declaración de la independencia; y aún hasta 1824 y la derrota definitiva del colonialismo español en Ayacucho. O sea una historia que no debe en ningún caso inventarse, porque efectivamente ocurrió.

Claro que en una sociedad dividida en fracciones socioeconómicas suficientemente irreconciliables, que luchan a veces con mayor virulencia y otras de modo más soterrado por diversas reivindicaciones ligadas a sus más inmediatos intereses, es lógico que existan distintas visiones del pasado, por lo que éste se constituye también un campo de agudas disputas<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> Moreno, Mariano: *Plan revolucionario de operaciones*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1965, p. 21.

<sup>20</sup> En relación con este problema y con el autor cuyas formulaciones criticamos, puede resultar de utilidad recordar cuál fue, según su propio testimonio, el derrotero de sus posturas (que, como se verá, procura universalizar) político-ideológicas: “Con sorpresa, descubrí que poca cosa de lo pensado en los sesenta y setenta me resultaba pertinente. Por entonces nuestras interpretaciones giraban en torno a la dependencia, sus raíces y efectos múltiples y nefastos sobre la sociedad (...) Veinte años después, no sólo nuestras aspiraciones colectivas son más modestas, sino que impulsan a la lectura de nuestra historia reciente a la luz de preocupaciones





Puesto que en general coincidiremos en la existencia de lo que damos en llamar clases dominantes o dirigentes, no nos sorprende que, vinculadas con dicho espacio de poder, se forjen distintas visiones “oficiales” de la realidad presente y pasada; generalmente funcionales entre sí y con los intereses a los que en última instancia expresan<sup>21</sup>.

Más aún, para poder dominar en la economía, la sociedad y la política, hay que disponer de un influjo significativo en las mentes de quienes resultan subalternizados, y este es un problema ideológico, una cuestión cultural, a la que no resulta ajena la visión del pasado. En este sentido se puede coincidir con Romero cuando señala que “el Estado, sus dirigentes y sus intelectuales se ocuparon de dar forma a esta 'historia nacional' y difundirla e imponerla a través de un instrumento prodigioso: el sistema educativo”.

Pero, como dice la canción, “si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia”; otra historia diferente y crítica -que se ha expresado mediante diversas modulaciones y corrientes-, caracterizada fundamentalmente por desmentir, desocultar, y rectificar las versiones oficiales<sup>22</sup>, porque no surge ni se vincula directamente con el estado y la cultura dominante, sino que en diferentes medidas, los enfrenta.

En este escenario, y en medio de los conflictos que motorizan la sociedad, la pregunta finalmente sería: el mensaje de Romero acerca de la Revolución de Mayo, ¿dónde se inscribe? Si la revolución anticolonial fue “un invento”; si la actividad política organizada para el logro de la libertad y la democracia fue meramente obra de “un grupo que obra a ciegas movido por vientos externos”; si las concepciones y prácticas de dirigentes como Moreno, Castelli, Belgrano (y por qué no Artigas), entre otros, tuvieron “poco de acción proyectada o de proyecto”.

En suma, si los hombres y mujeres que protagonizaron el único hecho auténticamente revolucionario de la historia argentina, los patriotas que lucharon no

---

diferentes: la posibilidad de una convivencia civilizada y de la práctica cotidiana de la negociación entre intereses divergentes pero igualmente legítimos”. Romero, Luis Alberto: “Los '90. ¿Cómo se lee hoy la historia?”, *Clarín*, 7 de abril de 1994.

<sup>21</sup> Solamente con la finalidad de aportar un ejemplo de actualidad respecto a esta dinámica, y desde la perspectiva de los que pensamos que la Argentina “moderna” - dependiente, latifundista y agroexportadora-, consolidada hacia fines del siglo XIX, contenía en su seno todos los factores decisivos para la frustración económica, social y política de nuestro país, resulta útil tener presente que: “A la Argentina el modelo agroexportador de alimentos le dio muchísimo resultado hasta la Segunda Guerra Mundial, y así pudo incorporar a la mayor parte de su población a los derechos sociales y brindarle la posibilidad de un progreso basado en la educación”, declaraciones de Luis Alberto Romero al diario *Clarín*, 12 de febrero de 1995.

<sup>22</sup> Teniendo en cuenta que Bartolomé Mitre, además de presidente de la Nación y uno de los líderes fundamentales de las clases dominantes argentinas en la segunda mitad del siglo XIX, fue también un historiador descollante entre aquellos que elaboraron la historia de los triunfadores, es decir la historia oficial, resulta sin duda esclarecedor el modo en que Romero juzga que con su “invención-reconstrucción” de la historia de Mayo, Mitre “contribuyó a la conciencia histórica de la sociedad que se organizaba bajo el nuevo Estado. Fue una construcción virtuosa (...) Mayo se asoció con la Constitución, la República, las libertades, es decir con los principios de una comunidad política civilizada, plural y tolerante, como la que querríamos tener hoy”, en Romero, Luis Alberto: “La reinención del 25...”, op. cit.



sólo por remplazar a los españoles sino por reformar profundamente la vieja sociedad colonial que heredaban, y son por eso nuestros mejores ejemplos para afrontar los desafíos de hoy y del futuro; si todos ellos “hicieron la revolución sin saberlo”, ¿cuál es el mensaje para las generaciones actuales de este nuevo, y ahora sí creemos que cabe plenamente la palabra, invento, acerca de los orígenes de la nación?

d) En conexión con lo anterior, vale recordar la referencia que realiza Romero acerca de que a los hijos de los inmigrantes se les enseñó que sus orígenes (también) estaban “en una pequeña y barrosa plaza frente al cabildo”. Al respecto, este autor concluye que “en otros tiempos fue una visión capaz de conmover, pero hoy emociona poco”<sup>23</sup>. ¿A qué se refiere Romero? ¿Qué es lo que constata con satisfacción que “hoy emociona poco”? ¿La traición de Alvear o la gesta de San Martín? ¿La pasión libertaria de Moreno o las miserias de Sarratea? ¿El pueblo reunido y armado de Artigas o la firma del tratado de Pacificación con los portugueses? ¿O todo junto? Por otra parte, en un país dependiente que se bambolea entre el ALCA, la UE y la deuda externa, el supuesto debilitamiento de la emoción asociada a la idea de la patria y el anticolonialismo, ¿a qué intereses resulta funcional? Siempre he tenido la idea de que, aún haciendo esfuerzos en contrario, resulta muy difícil excluir nuestra ideología, nuestras preferencias y nuestras repulsiones, del modo en que escribimos la historia. En este sentido, quisiera cerrar este comentario retomando la afirmación de Romero acerca del “desmoronamiento, quizás transitorio, de la monarquía española, a cuya benévola autoridad la mayoría esperaba volver”.

Ahora bien, supongamos sólo por un momento que “la mayoría” esperaba regresar al dominio “benévolo” de los reyes españoles, y preguntémos: ¿existió una minoría que no deseaba volver al sometimiento colonial? Como contribución a una de las respuestas posibles a esta pregunta, directamente dirigida a desocultar y reponer históricamente en forma plena la palabra y la acción de los auténticos revolucionarios de Mayo -diluida por Romero en una imagen de hombres pusilánimes y posibilistas que “hicieron la revolución sin saberlo”-, quiero recordar el pensamiento táctico de uno de los principales referentes políticos del momento y secretario de la Primera Junta: “El misterio de Fernando es una circunstancia de las más importantes para llevarla siempre por delante, pues es un ayudante a nuestra causa el más soberbio; porque aun cuando nuestras obras y conducta desmientan esta apariencia...”<sup>24</sup>.

¿Cómo es posible -me pregunto, para terminar- que un historiador que se autodenomina historiador profesional, historiador en serio, pueda afirmar que “quienes actuaron en 1810 no querían hacer una revolución”? Como resulta evidente tan enorme enunciado sólo puede comprenderse como ignorancia de la revolución y los revolucionarios. Si hasta Saavedra, político moderado pero patriota decidido, fue capaz de advertir con toda claridad -y actuar a tono- que el desmoronamiento de la monarquía “era lo que yo esperaba muy en breve, la oportunidad o tiempo que creía conveniente para dar el grito de libertad en estas partes. Esta era la breva que decía era útil esperar que madurase”<sup>25</sup>. ¿Realmente no sabían lo que hacían?

<sup>23</sup> Romero, Luis Alberto: “Un origen preciso...”, op. cit.

<sup>24</sup> Moreno, Mariano: *Escritos políticos y económicos*, Orientación Cultural Editores, Buenos Aires, 1961, p. 280.

<sup>25</sup> *Biblioteca de Mayo*, t. II, p. 1050.